N° 1	**La biblioteca que escapó del fuego**	**Ángel Argullol**
N° 2	**Discusiones ortográficas**	**Javier Marías**
N° 3	**Una venganza***	**Isabel Allende**
N° 4	**A la Pintura (poema del color y la línea)**	**Rafael Alberti**
N° 5	**Viaje a ninguna parte**	**F. Fernán-Gómez**
N° 6	**Fitzcarraldo ***	**Luis Sepúlveda**
N° 7	**Resistir pintando**	**Mario Vargas Llosa**
N° 8	**La bacanal de Tiziano**	**Ortega y Gasset**

Ejercicios

1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.
2. Se recomienda la preparación individual del vocabulario que podrá ser solicitado en cualquier momento.
3. Las redacciones se entregarán **puntualmente todas las semanas**, para bien del que las escribe y del que las corrige.
4. Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.
5. Los textos pueden ser manuscritos o a máquina (Arial 11- 1,5). Para el formato y las notas se seguirá el criterio de : *Richtlinien zur Erstellung wissenschaftlicher Arbeiten*, Romanisches Seminar Kiel.
6. La copia de cualquier naturaleza sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo y la suspensión del curso.
7. Los estudiantes deben hacer personalmente las redacciones sin ayuda de terceros para evitar la suspensión del curso.

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10

N° 1 La biblioteca que escapó del fuego Rafael Argullol

El 12 de diciembre de 1933, dos barcos de vapor, el *Hermia* y el *Jessica,* remontaron el río Elba con un cargamento de 531 cajas. Abandonaban el puerto de Hamburgo con el propósito de dirigirse a los muelles del Támesis, en Londres. En las cajas, además de miles de fotografías y diapositivas, estaban depositados 60.000 libros. En principio, se trataba de un préstamo que debía prolongarse a lo largo de tres años. La realidad es que los libros ya no emprendieron el viaje de regreso a su lugar de origen, consumándose, así, el traslado definitivo, desde Alemania a Inglaterra, de la Biblioteca Warburg, una de las empresas culturales más fascinantes del siglo pasado y quizá la que resulta más enigmática desde un punto de vista bibliófilo.

En 1933 la Biblioteca Warburg, una empresa cultural fascinante, viajó de Alemania a Inglaterra

Es una colección organizada con criterios sutiles y heterodoxos

Como estamos mucho más habituados a las imágenes de libros en las hogueras, resulta difícil de imaginar el proceso contrario: la salvación de una gran biblioteca del acecho de las llamas. La de Alejandría fue incendiada varias veces, y tenemos abundantes noticias sobre quema de libros en cualquier época sometida al fanatismo, hasta el pasado más reciente. Por eso llama la atención lo ocurrido con la Biblioteca Warburg. Curiosamente, todo fue muy rápido, pese a que las negociaciones secretas entre los alemanes y británicos implicados en el plan de salvación de la biblioteca fueron largas y laboriosas. A principios de 1933, Hitler alcanzó el poder, y a finales de ese mismo año los volúmenes que Aby Warburg había reunido en el transcurso de cuatro décadas ya se encontraban en su nueva morada londinense. Los acontecimientos se precipitaron, sometidos al vértigo sin precedentes de un periodo que culminaría en el mayor desastre de la historia. Los continuadores de la obra de Aby Warburg -pues este había fallecido un lustro antes- pronto advierten que será imposible proseguir con su labor bajo la vigilancia nazi. En consecuencia, empiezan los contactos destinados al traslado. Primero se piensa en la Universidad de Leiden, en los Países Bajos, donde escasean los fondos para el futuro mantenimiento. Después, en Italia, el lugar más adecuado de acuerdo con el contenido de la biblioteca, pero el menos fiable tras el largo Gobierno de Mussolini. Finalmente, se impone la opción británica. Eric M. Warburg, hermano de Aby, escribió una crónica pormenorizada de las negociaciones que, como apéndice, se incluye en el recién publicado texto de Salvatore Settis *Warburg Continuatus. Descripción de una biblioteca* (Ediciones de la Central y Museo Reina Sofía). El relato nos introduce en una trama de alta intriga.

¿Por qué era tan singular la Biblioteca Warburg? Es difícil obtener una respuesta unívoca. De la lectura del libro de Salvatore Settis, así como de la del también reciente y muy recomendable ensayo de J. F. Yvars *Imágenes cifradas* (Elba), se desprende una suerte de paisaje de círculos concéntricos según el cual la misteriosa personalidad de Aby Warburg abrazaría la estructura de su biblioteca, del mismo modo en que los hilos de la telaraña no pueden comprenderse sin el instinto constructor del propio insecto. También las explicaciones, ya clásicas, de Fritz Saxl, Ernst Cassirer, Erwin Panofsky o E. H. Gombrich sobre el maestro de Hamburgo apuntan en la misma dirección. Lo que podríamos denominar el *caso Warburg* se refiere a un hombre que dedicó su vida a la formación de una biblioteca que, con el tiempo, sería muchos mundos al unísono: un edificio, construido en Hamburgo por el arquitecto Fritz Schumacher, que debía inspirarse en la elipse orbital de Kepler; un laberinto que atrapaba al visitante, según Cassirer; una colección organizada de acuerdo con criterios sutiles y completamente heterodoxos, todavía no enteramente dilucidados; un polo espiritual que magnetizaba a cuantos se acercaban y que daría lugar, primero en Alemania y luego -póstumamente respecto al fundador- en Reino Unido, a la más prestigiosa tradición contemporánea en el territorio de la Historia del Arte.

En el centro de la telaraña, el hombre, Aby Warburg, continúa siendo un misterio, alguien mucho más evocado que leído, a pesar de que últimamente crece la edición de sus escritos, incluido su crucial *Atlas Mnemosyne* (Editorial Akal), comparado, con razón, por Yvars con el *Libro de los pasajes* de Walter Benjamin. De Aby Warburg siempre se recuerdan dos circunstancias que acotan su trayectoria vital. De sus últimos años se saca a colación la enfermedad nerviosa que motivó su internamiento en un sanatorio y, en el otro extremo de su biografía, se alude al adolescente que, en un gesto bíblico, renunció a su primogenitura en el seno de una familia de la gran burguesía hamburguesa a condición de que, en el futuro, siempre dispusiera de los fondos necesarios para adquirir cuantos libros quisiera. A los 13 años, la edad en que se produjo esa renuncia, Aby parecía haber adivinado ya sus dos pasiones futuras: coleccionar libros y organizar de manera revolucionaria su colección. El resultado fue, sobre todo después de la construcción del edificio que obedecía a sus innovadores criterios, una biblioteca radicalmente distinta a las demás.

Las estanterías de la Biblioteca Warburg reunían volúmenes que guardaban entre sí "afinidades electivas", lo cual suponía extraños alineamientos de arte, medicina, filosofía, astrología o ciencias naturales alrededor de unas imágenes simbólicas que, aisladas en cada especialidad, perdían su fuerza genealógica. Así, por ejemplo, y para horror de los historiadores ortodoxos, en los paneles del *Atlas Mnemosyne* Warburg juntaba motivos alegóricos, fragmentos de cuadros, emblemas esotéricos, fórmulas matemáticas o grabados sobre la circulación sanguínea en un solo plano de múltiples relaciones. Gracias a esas "afinidades electivas", el historiador podía excavar el pasado a través de múltiples túneles

que se iban entrecruzando en el subsuelo de la memoria *(Mnemosyne* era el frontispicio que presidía la Biblioteca Warburg). Esta idea, susceptible de ser aplicada a toda la historia de la cultura, era particularmente importante al tratar de identificar las fuentes antiguas del arte renacentista, como demostró el mismo Aby Warburg con sus extraordinarias radiografías de *El nacimiento de Venus* y *La Primavera* de Botticelli. Sus discípulos experimentaron pronto que su biblioteca, lejos de ser un archivo inerte, era un organismo vivo que trasladaba a la imaginación por las diversas islas del conocimiento.

Lo que los dos barcos de vapor transportaban aquella gélida mañana de diciembre de 1933 no eran solo miles de libros cuidadosamente escogidos a lo largo de décadas, sino la semilla de una sabiduría singular que daría frutos magníficos. Parece que la decisión del municipio de Hamburgo de prestar por tres años la Biblioteca Warburg irritó sobremanera a la Cancillería del Reich en Berlín. Empezaban las hogueras por todas partes y, desde luego, era escandaloso que se hubieran escapado sigilosamente 60.000 posibles víctimas.

***El País*, Babelia, N° 1001, pág. 31, 29-01-2011**

N° 2 Discusiones ortográficas I — Javier Marías

Además de las expuestas el pasado domingo, hay algunas objeciones que quisiera hacer a las nuevas normas de la reciente *Ortografía* de la Real Academia Española y de las otras veintiuna, sobre todo americanas, que la han acordado por unanimidad.

a) *Mayúsculas y minúsculas*. En realidad no entiendo por qué tal cosa ha de ser regulada, ya que, a mi parecer, pertenece al ámbito estilístico personal de cada hablante –o, mejor dicho, de cada escribiente–. Habrá ateos que escriban siempre "dios" deliberadamente, y todo creyente optará por "Dios", por poner un ejemplo extremo. Según la RAE, supongo, habría que escribirlo en toda ocasión con minúscula, ya que ha decidido que todos los nombres que sean comunes ("rey", "papa", "golfo", "islas", etc.) han de ir así obligatoriamente aunque formen parte de lo que para muchos hablantes funciona como nombre propio. Así, "islas Malvinas", "papa Benedicto", "mar Mediterráneo" o "rey Juan Carlos". E, igualmente, al referirse a un rey concreto, omitiéndole el nombre, habría que escribir "el rey" y nunca "el Rey". Yo no pienso seguir esta norma, porque considero que algunos títulos y nombres geográficos funcionan como nombres propios y topónimos, o son sustitutivos de ellos. Cuando en España decimos "el Rey" –y dado que sólo hay uno en cada momento–, utilizamos esa expresión como equivalente de "Juan Carlos I", algo a lo que casi nadie recurre nunca. De la misma manera, "Islas Malvinas" funciona como un nombre propio en sí mismo, equivalente a "República Democrática Alemana", que era el oficial del territorio también conocido como Alemania Oriental o del Este. Según las últimas normas, deduzco que nos tocaría escribir "la república democrática alemana", con lo cual no sabríamos bien si se habla de un país o de qué. Si yo leo "el golfo de México", ignoro si se trata de una porción de mar o de un golferas mexicano –tal vez del golferas por antonomasia, ¿acaso Cantinflas?–. Y si leo "príncipe de Gales", dudo si se me habla del tejido así llamado o del heredero a la corona británica.

b) *Zeta.* La RAE ha decidido que el nombre de esa letra se escriba sólo con *c,* porque con ésta se representa ese sonido –en parte de España– antes de *e* y de *i.* Siempre me pareció tan adecuado que el nombre de cada letra incluyera la letra misma que durante largo tiempo creí que la *x* se escribía "equix", aunque todos digamos "equis" y así se escriba de hecho. Pero es que además el reciente *Diccionario panhispánico de dudas,* de la misma RAE, valida grafías como "zebra" (aunque la juzga en desuso), "zinc" o "eczema". Y, desde luego, no creo que se oponga a que sigamos escribiendo "Ezequiel" y "Zebulón". No veo, así pues, por qué "zeta" pasa a ser ahora una falta. No está mal que haya algunas excepciones o extravagancias ortográficas en las lenguas, y en español son tan pocas que no veo necesidad de suprimirlas.

c) *Qatar.* La RAE decide que este país y sus derivados –"qatarí"– se escriban con *c.* El origen de esa peculiar grafía –aceptada en casi todas las lenguas– está, al parecer, en la recomendación de arabistas, que distinguen dos clases diferentes de fonema /k/ en árabe. Por eso, arguyen, se escribe "Kuwait" y se escribe "Qatar", pese a que nosotros percibamos el fonema en cuestión de una sola manera. La representación gráfica de las palabras –eso lo sabe cualquier poeta– tiene un poder evocativo y sugestivo que las nuevas normas desdeñan. Si yo leo "Qatar", en seguida se me sugiere un lugar exótico y lejano. Si leo "Catar", en cambio, lo primero que me viene a la imaginación es una cata de vinos. Pero es que además, para ser consecuente, la RAE tendría que condenar la ortografía "Al Qaeda" y proponer "Al Caeda" o quizá "Al Caida" o quién sabe si "Al Caída". Los internautas iban a tener graves problemas para encontrar información sobre esa organización terrorista, desconocida en el resto del mundo, y de la que lamentablemente hoy se habla a diario.

d) *Ex.* Decide la RAE que no se separe ese prefijo del vocablo que lo acompañe, y que se escriba "exmarido", etc. Sin embargo, y dado que en español hay numerosas palabras largas que empiezan por "ex" sin que esa combinación sea un prefijo, un estudiante primerizo de nuestro idioma puede verse en dificultades para saber si "exayuntamiento" es un vocablo en sí mismo o si "exacerbación" o "execración" se componen de dicho prefijo y de las inexistentes "acerbación" y "ecración".

e) *Adaptaciones.* Las grafías "mánayer" o "pirsin", que la RAE propone, son tan irreconocibles como lo fue "güisqui" en su día (fea y además mal transcrita, como si escribiéramos "güevos"). En cuanto a "sexi", es directamente una horterada, siento decirlo. En la Academia hay quienes consideran que discutir y objetar a estas cosas es perderse en minucias. Puede ser. Pero habrá de concedérseme que también lo es, entonces, dictaminar sobre ellas y aplicarles nuevas normas. Si la *Ortografía* se ha molestado en mirarlas, no veo por qué no debamos hacerlo quienes estamos en desacuerdo con sus modificaciones. Termino reiterando lo que ya dije hace una semana: mis modestas objeciones no me impiden reconocer el gran trabajo que, en su conjunto, supone la nueva *Ortografía,* obra admirable en muchos sentidos. Habría sido redonda si no hubiera querido enmendar lo que quizá ya estaba bien, desde su versión de 1999. Porque para mí nuestra lengua es ahora un poco menos elegante y menos clara.

***El Páis Semanal*, pág.98, 06-02-2011**

N° 3 Una venganza — Isabel Allende

El mediodía radiante en que coronaron a Dulce Rosa Orellano con los jazmines de la Reina del Carnaval, las madres de las otras candidatas murmuraron que se trataba de un premio injusto, que se lo daban a ella sólo porque era la hija del Senador Anselmo Orellano, el hombre más poderoso de toda la provincia. Admitían que la muchacha resultaba agraciada, tocaba el piano y bailaba como ninguna, pero había otras postulantes a ese galardón mucho más hermosas. La vieron de pie en el estrado, con su vestido de organza y su corona de flores saludando a la muchedumbre y entre dientes la maldijeron. Por eso, algunas de ellas se alegraron cuando meses más tarde el infortunio entró en la casa de los Orellano sembrando tanta fatalidad, que se necesitaron veinticinco años para cosecharla.

La noche de la elección de la reina hubo baile en la Alcaldía de Santa Teresa y acudieron jóvenes de remotos pueblos para conocer a Dulde Rosa. Ella estaba tan alegre y bailaba con tanta ligereza que muchos no percibieron que en realidad no era la más bella, y cuando regresaron a sus puntos de par tida dijeron que jamás habían visto un rostro como el suyo. Así adquirió inmerecida fama de hermosura y ningún testimonio posterior pudo desmentirla. La exagerada descripción de su piel traslúcída y sus ojos diáfanos, pasó de boca en boca y cada quien le agregó algo de su propia fantasía. Los poetas de ciudades apartadas compusieron sonetos para una doncella hipotética de nombre Dulce Rosa.

El rumor de esa belleza floreciendo en la casa del Senador Orellano llegó también a oídos de Tadeo Céspedes, quien nunca imaginó conocerla, porque en los años de su existencia no había tenido tiempo de aprender versos ni mirar mujeres. Él se ocupaba sólo de la Guerra Civil. Desde que empezó a afeitarse el bigote tenía un arma en la mano y desde hacía mucho vivía en el fragor de la pólvora. Había olvidado los besos de su madre y hasta los cantos de la misa. No siempre tuvo razones para ofrecer pelea, porque en algunos períodos de tregua no había adversarios al alcance de su pandilla, pero incluso en esos tiempos de paz forzosa vivió como un corsario. Era hombre habítuado a la violencia. Cruzaba el país en todas direcciones luchando contra enemigos visibles, cuando los había, y contra las sombras, cuando debía inventarlos, y así habría continuado sí su partido no gana las elecciones presidenciales. De la noche a la mañana pasó de la clandestinidad a hacerse cargo del poder y se le terminaron los pretextos para seguir alborotando.

La última misión de Tadeo Cérpedes fue la expedición punitiva a Santa Teresa. Con ciento veinte hombres entró al pueblo de noche para dar un escarmiento y eliminar a los cabecillas de la oposición. Balearon las ventanas de los edificios públicos, destrozaron la puerta de la iglesia y se metieron a caballo hasta el altar mayor, aplastando al Padre Clemente que se

les plantó por delante, y siguieron al galope con un estrépito de guerra en dirección a la villa del Senador Orellano, que se alzaba plena de orgullo sobre la colina.

A la cabeza de una docena de sirvientes leales, el Senador esperó a Tadeo Céspedes, después de encerrar a su hija en la última habitación del patio y soltar a los perros. En ese momento lamentó, como tantas otras veces en su vida, no tener descendientes varones que lo ayudaran a empuñar las armas y defender el honor de su casa. Se sintió muy viejo, pero no tuvo tiempo de pensar en ello, porque vio en las laderas del cerro el destello terrible de ciento veinte antorchas que se aproximaban espantando a la noche. Repartió las últimas municiones en silencio. Todo estaba dicho y cada uno sabía que antes del amanecer debería morir como un macho en su puesto de pelea.

—El último tomará la llave del cuarto donde está mí hija y cumplirá con su deber —dijo el Senador al oír los primeros tiros.

Todos esos hombres habían visto nacer a Dulce Rosa y la tuvieron en sus rodillas cuando apenas caminaba, le contaron cuentos de aparecidos en las tardes de invierno, la oyeron tocar el piano y la aplaudieron emocionados el día de su coronación como Reina del Carnaval. Su padre podía morir tranquilo, pues la niña nunca caería viva en las manos de

Tadeo Céspedes. Lo único que jamás pensó el Senador Orellano fue que a pesar de su temeridad en la batalla, el último en morir sería él. Vio caer uno a uno a sus amigos y comprendíóó> por fin la inutilidad de seguir resistiendo. Tenía una bala en el vientre y la vista difusa, apenas distinguía las sombras trepando por las altas murallas de su propiedad, pero no le falló el entendimiento para arrastrarse hasta el tercer patio. Los perros reconocieron su olor por encima del sudor, la sangre y la tristeza que lo cubrían y se apartaron para dejarlo pasar. Introdujo la llave en la cerradura, abrió la pesada puerta y a través de la niebla metida en sus ojos vio a Dulce Rosa aguardándolo. La niña llevaba el mismo vestido de organza usado en la fiesta de Carnaval y había adornado su peinado con las flores de la corona.

—Es la hora, hija —dijo gatillando el arma mientras a sus pies crecía un charco de sangre.

—No me mate, padre —replicó ella con voz firme—. Déjeme viva, para vengarlo y para vengarme.

El Senador Anselmo Orellano observó el rostro de quince años de su hija e imaginó lo que haría con ella Tadeo Céspedes, pero había gran fortaleza en los ojos transparentes de Dulce Rosa y supo que podría sobrevivir para castigar a su verdugo. La muchacha se sentó sobre la cama y él tomó lugar a su lado, apuntando la puerta.

Cuando se calló el bullicio de los perros moribundos, cedió la tranca, saltó el pestillo y los primeros hombres írrumpieron en la habitación, el Senador alcanzó a hacer seis disparos antes de perder el conocimiento. Tadeo Céspedes creyó estar soñando al ver un ángel coronado de jazmines que sostenía en los brazos a un viejo agonizante, mientras su blanco vestido se empapaba de rojo, pero no le alcanzó la piedad para una segunda mirada, porque venía borracho de violencia y enervado por varias horas de combate.

—La mujer es para mí —dijo antes de que sus hombres le pusieran las manos encima.

Amaneció un viernes plomizo, teñido por el resplandor del incendio. El silencio era denso en la colina. Los últimos gemidos se habían callado cuando Dulce Rosa pudo ponerse de pie y caminar hacia la fuente del jardín, que el día anterior estaba rodeada de magnolias y ahora era sólo un charco tumultuoso en medio de los escombros. Del vestido no quedaban sino jirones de organza, que ella se quitó lentamente para quedar desnuda. Se sumergió en el agua fría. El sol apareció entre los abedules y la muchacha pudo ver el agua volverse rosada al lavar la sangre que le brotaba entre las piernas y la de su padre, que se había secado en su cabello. Una vez limpia, serena y sin lágrimas, volvió a la casa en ruinas, buscó algo para cubrirse, tomó una sábana de bramante y salió al camino a recoger los restos del Senador. Lo habían atado de los pies para arrastrarlo al galope por las laderas de la colina hasta convertirlo en un guiñapo de lástima, pero guiada por el amor, su hija pudo reconocerlo sin vacilar. Lo envolvió en el paño y se sentó a su lado a ver crecer el día. Así la encontraron los vecinos de Santa Teresa cuando se atrevieron a subir a la villa de los Orellano. Ayudaron a Dulce Rosa a enterrar a sus muertos y a apagar los vestigios del incendio y le suplicaron que se fuera a vivir con su madrina a otro pueblo, donde nadie conociera su historia, pero ella se negó. Entonces formaron cuadrillas para reconstruir la casa y le regalaron seis perros bravos para cuidarla.

Desde el mismo instante en que se llevaron a su padre aún vivo, y Tadeo Céspedes cerró la puerta a su espalda y se soltó el cinturón de cuero, Dulce Rosa vivió para vengarse. En los años siguientes ese pensamiento la mantuvo despierta por las noches y ocupó sus días, pero no borró del todo su risa ni secó su buena voluntad. Aumentó su reputación de belleza, porque los cantores fueron por todas partes pregonando sus encantos imaginarios, hasta convertirla en una leyenda viviente. Ella se levantaba cada día a las cuatro de la madrugada para dirigir las faenas del campo y de la casa, recorrer su propiedad a lomo de bestía, comprar y vender con regateos de sirio, criar animales y cultivar las magnolias y los jazmines de su jardín. Al caer la tarde se quitaba los pantalones, las botas y las armas y se colocaba los vestidos primorosos, traídos de la capital en baúles aromáticos. Al anochecer comenzaban a llegar sus visitas y la encontraban tocando el piano, mientras las sirvientas

preparaban las bandejas de pasteles y los vasos de horchata. Al principio muchos se preguntaron cómo era posible que la joven no hubiera acabado en una camisa de fuerza en el sanatorio o de novicia en las monjas carmelitas, sin embargo, como había fiestas frecuentes en la villa de los Orellano, con el tiempo la gente dejó de hablar de la tragedia y se borró el recuerdo del Senador asesinado. Algunos caballeros de renombre y fortuna lograron sobreponerse al estigma de la violación y, atraídos por el prestigio de belleza y sensatez de Dulce Rosa, le propusieron matrimonio. Ella los rechazó a todos, porque su misión en este mundo era la venganza.

Tadeo Céspedes tampoco pudo quitarse de la memoria esa noche aciaga. La resaca de la matanza y la euforia de la violación se le pasaron a las pocas horas, cuando iba camino a la capital a rendir cuentas de su expedición de castigo. Entonces acudió a su mente la niña vestida de baile y coronada de jazrnines, que lo soportó en silencio en aquella habitación oscura donde el aire estaba impregnado de olor a pólvora. Volvió a verla en el momento final, tirada en el suelo, mal cubierta por sus harapos enrojecidos, hundida en el sueño compasivo de la inconsciencia y así siguió viéndola cada noche en el instante de dormir, durante el resto de su vida. La paz, el ejercicio del gobierno y el uso del poder, lo convirtieron en un hombre reposado y laborioso. Con el transcurso del tiempo se perdieron los recuerdos de la Guerra Civil y la gente empezó a llamarlo don Tadeo. Se compró una hacienda al otro lado de la sierra, se dedicó a administrar justicia y acabó de alcalde. Si no hubiera sido por el fantasma incansable de Dulce Rosa Orellano, tal vez habría alcanzado cierta felicidad, pero en todas las mujeres que se cruzaron en su camino, en todas las que abrazó en busca de consuelo y en todos los amores perseguidos a lo largo de los años, se le aparecía el rostro de la Reina del Carnaval. Y para mayor desgracia suya, las canciones que a veces traían su nombre en versos de poetas populares no le permitían apartarla de su corazón. La imagen de la joven creció dentro de él, ocupándolo enteramente, hasta que un día no aguantó más. Estaba en la cabecera de una larga mesa de banquete celebrando sus cincuenta y siete años, rodeado de amigos y colaboradores, cuando creyó ver sobre el mantel a una criatura desnuda entre capullos de jazmines y comprendió que esa pesadilla no lo dejaría en paz ni después de muerto. Dio un golpe de puño que hizo temblar la vajilla y pidió su sombrero y su bastón.

—¿Adónde va, don Tadeo? —preguntó el Prefecto. —A reparar un daño antiguo —respondió saliendo sin despedirse de nadie.

No tuvo necesidad de buscarla, porque siempre supo que se encontraba en la misma casa de su desdicha y hacia allá dirigió su coche. Para entonces existían buenas carreteras y las distancias parecían más cortas. El paisaje había cambiado en esas décadas, pero al dar la

última curva de la colina apareció la villa tal como la recordaba antes de que su pandilla la tomara por asalto. Allí estaban las sólidas paredes de piedra de río que él destruyera con cargas de dinamita, allí los viejos artesonados de madera oscura que prendieron en llamas, allí los árboles de los cuales colgó los cuerpos de los hombres del Senador, allí el patio donde masacró a los perros. Detuvo su vehículo a cien metros de la puerta y no se atrevió a seguir, porque sintió el corazón explotándole dentro del pecho. Iba a dar media vuelta para regresar por donde mismo había llegado, cuando surgió entre los rosales una figura envuelta en el halo de sus faldas. Cerró los párpados deseando con toda su fuerza que ella no lo reconociera. En la suave luz de la seis percibió a Dulce Rosa Orellano que avanzaba flotando por los senderos del jardín. Notó sus cabellos, su rostro claro, la armonía de sus gestos, el revuelo de su vestido y creyó encontrarse suspendido en un sueño que duraba ya veinticinco años.

—Por fin vienes, Tadeo Céspedes —dijo ella al divisarlo, sin dejarse engañar por su traje negro de alcalde ni su pelo gris de caballero, porque aún tenía las mismas manos de pirata.

—Me has perseguido sin tregua. No he podido amar a nadie en toda mi vida, sólo a ti —murmuró él con la voz rota por la vergüenza.

Dulce Rosa Orellano suspiró satisfecha. Lo había llamado con el pensamiento de día y de noche durante todo ese tiempo y por fin estaba allí. Había llegado su hora. Pero lo miró a los ojos y no descubrió en ellos ni rastro del verdugo, sólo lágrimas frescas. Buscó en su propio corazón el odio cultivado a lo largo de su vida y no fue capaz de encontrarlo. Evocó el instante en que le pidió a su padre el sacrificio de dejarla con vida para cumplir un deber, revivió el abrazo tantas veces maldito de ese hombre y la madrugada en la cual envolvió unos despojos tristes en una sábana de bramante. Repasó el plan perfecto de su venganza pero no sintió la alegría esperada, sino, por el contrario, una profunda melancolía. Tadeo Céspedes tornó su mano con delicadeza y besó la palma, mojándola con su llanto. Entonces ella comprendió aterrada que de tanto pensar en él a cada momento, saboreando el castigo por anticipado, se le dio vuelta el sentimiento y acabó por amarlo.

En los días siguientes ambos levantaron las compuertas del amor reprimido y por vez primera en sus ásperos destinos se abrieron para recibir la proximidad del otro. Paseaban por los jardines hablando de sí mismos, sin omitir la noche fatal que torció el rumbo de sus vidas. Al atardecer, ella tocaba el píano y él fumaba escuchándola hasta sentir los huesos blandos y la felicidad envolviéndolo como un manto y borrando las pesadillas del tiempo pasado. Después de cenar Tadeo Céspedes partía a Santa Teresa, donde ya nadie recordaba la vieja historia de horror. Se hospedaba en el mejor hotel y desde allí organizaba su boda, quería una fiesta con fanfarria, derroche y bullicio, en la cual participara todo el

pueblo. Descubrió el amor a una edad en que otros hombres han perdido la ilusión y eso le devolvió la fortaleza de su juventud. Deseaba rodear a Dulce Rosa de afecto y belleza, darle todas las cosas que el dinero pudiera comprar, a ver si conseguía compensar en sus años de viejo, el mal que le hiciera de joven. En algunos momentos lo invadía el pánico. Espiaba el rostro de ella en busca de los signos del rencor, pero sólo veía la luz del amor compartido y eso le devolvía la confianza. Así pasó un mes de dicha.

Dos días antes del casamiento, cuando ya estaban armando los mesones de la fiesta en el jardín, matando las aves y los cerdos para la comilona y cortando las flores para decorar la casa, Dulce Rosa Orellano se probó el vestido de novia. Se vio reflejada en el espejo, tan parecida al día de su coronación como Reina del Carnaval, que no pudo seguir engañando a su propio corazón. Supo que jamás podría realizar la venganza planeada porque amaba al asesino, pero tampoco podría callar al fantasma del Senador, así es que despidió a la costurera, tomó las tijeras y se fue a la habitación del tercer patio que durante todo ese tiempo había permanecido desocupada.

Tadeo Céspedes la buscó por todas partes, llamándola desesperado. Los ladridos de los perros lo condujeron al otro extremo de la casa. Con ayuda de los jardineros echó abajo la puerta trancada y entró al cuarto donde una vez viera a un ángel coronado de jazmines. Encontró a Dulce Rosa Orellano tal como la viera en sueños cada noche de su existencia, con el mismo vestido de organza ensangrentado, y adivinó que viviría hasta los noventa años, para pagar su culpa con el recuerdo de la única mujer que su espíritu podía amar.

Cuentos hispanoamericanos, Hrgs. Monika Ferraris, pág.158, Reclam, Stuttgart, 2005

Standort: Zentralbibliothek, Freihandbereich
Freihandfachnummer: **rom 975Signatur: Bd 6638**
Katalognummer: rom 975 / Spanisch / Literatur / Amerika / Anthologie; rom 766 / Spanisch / Literatur / Lateinamerika / Anthologie

N° 4 A la Pintura (poema del color y la línea)

Rafael Alberti

(El Puerto de Santa María, Cádiz 1902 –1999)

¡El Museo del Prado! ¡Dios mío! Yo tenía
pinares en los ojos y alta mar todavía
con un dolor de playas de amor en un costado,
cuando entré al cielo abierto del Museo del Prado.
¡Oh asombro! ¡Quién pensara que los viejos pintores
pintaron la Pintura con tan claros colores;
que de la vida hicieron una ventana abierta,
no una petrificada naturaleza muerta,
y que Venus fue nácar y jazmín trasparente,
no umbría, como yo creyera ingenuamente!

Perdida de los pinos y de la mar, mi mano
tropezaba los pinos y la mar de Tiziano,
claridades corpóreas jamás imaginadas,
por el pincel del viento desnudas y pintadas.

¿Por qué a mi adolescencia las antiguas figuras
le movieron el sueño misteriosas y oscuras?
Yo no sabía entonces que la vida tuviera
Tintoretto (verano), Veronés (primavera),
ni que las rubias Gracias de pecho enamorado
corrieran por las salas del Museo del Prado.

Las sirenas de Rubens, sus ninfas aldeanas
no eran las ruborosas deidades gaditanas
que por mis mares niños e infantiles florestas
nadaban virginales o bailaban honestas.

Mis recatados ojos agrestes y marinos
se hundieron en los blancos cuerpos grecolatinos.
Y me bañé de Adonis y Venus juntamente
y del líquido rostro de Narciso en la fuente.
Y -¡oh relámpago súbito!- sentí en la sangre mía
arder los litorales de la mitología,
abriéndome en los dioses que alumbró la Pintura
la Belleza su rosa, su clavel la Hermosura.

¡Oh celestial gorjeo! De rodillas, cautivo
del oro más piadoso y añil más pensativo,
caminé las estancias, los alados vergeles
del ángel que a Fra Angélico cortaba los pinceles.

Y comprendí que el alma de la forma era el sueño
de Mantegna, y la gracia, Rafael, y el diseño,
y oí desde tan métricas, armoniosas ventanas
mis andaluzas fuentes de aguas italianas.

Transido de aquel alba, de aquellas claridades,
triste «golfo de sombra», violentas oquedades
rasgadas por un óseo fulgor de calavera,
me ataron a los ímprobos tormentos de Ribera.

La miseria, el desgarro, la preñez, la fatiga,
el tracoma harapiento de la España mendiga,
el pincel como escoba, la luz como cuchillo
me azucaró la grácil abeja de Murillo.

De su célica, rústica, hacendosa, cromada

paleta golondrina María Inmaculada,
penetré al castigado fantasmal verdiseco
de la muerte y la vida subterránea del Greco.

Dejaba lo espantoso español más sombrío
por mis ojos la idea lancinante de un río
que clavara nocturno su espada corredora
contra el pecho elevado, naciente de la aurora.

Las cortinas del alba, los pliegues del celaje
colgaban sus clarísimos duros blancos al traje
de llanamente monje que Zurbarán humana
con el mismo fervor que el pan y la manzana.

¡Oh justo azul, oh nieve severa en lejanía,
trasparentada lumbre, de tan ardiente, fría!
La mano se hace brisa, aura sujeta el lino,
céfiro los colores y el pincel aire fino;
aura, céfiro, brisa, aire, y toda la sala
de Velázquez, pintura pintada por un ala.

¡Oh asombro! ¡Quién creyera que hasta los españoles
pintaron en la sombra tan claros arreboles;
que de su más siniestra charca luciferina
Goya sacara a chorros la luz más cristalina!

Mis oscuros demonios, mi color del infierno
me los llevó el diablo ratoneril y tierno
del Bosco, con su químico fogón de tentaciones
de aladas lavativas y airados escobones.

Por los senderos corren refranes campesinos.
Patinir azulea su albor sobre los pinos.
Y mientras que la muerte guadaña a la jineta,
Brueghel rige en las nubes su funeral trompeta.

El aroma a barnices, a madera encerada,
a ramo de resina fresca recién llorada;
el candor cotidiano de tender los colores
y copiar la paleta de los viejos pintores;
la ilusión de soñarme siquiera un olvidado

Alberti en los rincones del Museo del Prado;
la sorprendente, agónica, desvelada alegría
de buscar la Pintura y hallar la Poesía,
con la pena enterrada de enterrar el dolor
de nacer un poeta por morirse un pintor,
hoy distantes me llevan, y en verso remordido,
a decirte, ¡oh Pintura!, mi amor interrumpido.

[1945-1976] [Selección]

Fuente: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/albrt/

Museo del Prado: http://www.museodelprado.es/coleccion/galeria-on-line/galeria-on-line/

N° 5 Viaje a ninguna parte F.Fernán-Gomez



El viaje a ninguna parte	
Título	El viaje a ninguna parte
Ficha técnica	
Dirección	Fernando Fernán Gómez
Producción	Julián Mateos Maribel Martín
Guion	Fernando Fernán Gómez
Maquillaje	José Antonio Sánchez
Fotografía	José Luis Alcaine
Montaje	Pablo González del Amo

Reparto	José Sacristán Laura del Sol Juan Diego María Luisa Ponte Gabino Diego Fernando Fernán Gómez

Ver todos los créditos (IMDb)

Datos y cifras

País(es)	España
Año	1986
Género	Drama
Duración	92 minutos

Fernán-GómezFernando**, *El viaje a ninguna parte***
EditorialCátedra,Madrid,2002

5

Titel:	El viaje a ninguna parte / Fernando Fernán-Gómez. Ed. de Juan A. Ríos Carratalá
Verfasser:	Fernando Fernán-Gómez
Sonst. Personen:	Juan A. Ríos Carratalá
Ausgabe:	1. ed.
Erschienen:	Madrid : Cátedra, 2002
Umfang:	318 S.
Schriftenreihe:	Letras hispánicas ; 530
Link:	Inhaltsverzeichnis

Standort:	Fachbibliothek am Romanischen Seminar
Signatur:	**ST 20 | 9 FER | II/1**
Status:	Praesenzbestand

N° 6 Tras las huellas de Fitzcarraldo Luis Sepúlveda

Si tuviera que escribir una biografía de Fitzcarraldo empezaría diciendo que fue un pobre sujeto al que los árboles no le dejaron ver la selva de Manú.

Durante siglos Manú permaneció oculto a la mirada codiciosa de los conquistadores , y los pocos que se aventuraron por sus selva en busca de riqueza rápida, o se perdieron para siempre tragados por los mecanismos de autodefensa de la naturaleza,o salieron de ahí decepcionados e inventando toda clase de embustes.

Algunos aseguraron haberse enfrentado a ejércitos de sanguinarias amazonas, bellas y crueles mujeres que en las pausas gerreras retozaban sobre los troncos a orillas de los ríos. Hoy sabemos que se referían a inmensas nutrias, las mayores de su especie, que siguen reinanado en las lagunas formadas por los ríos Manú y Madre de Dios.

Durante siglos Manú permaneció en el olvido, hasta que en 1896 Europa y lso Estados Unidos decidieron que no había riqueza, progreso ni bienestar posibles sin la dúctil presencia del caucho. Ese mismo, el sujeto demarras, uno de los peores aventureros de todos los tiempos, el brutal e inescrupuloso Carlos Fitzcarraldo posó sus botas en las selvas de Manú.

Amante del *bell canto,* se movía cargando siempre una victrola y cientos de discos de carbón. Los indios machigengas lo llamaron “el que trae las voces de los dioses” y admirados lo cogieron con ejemplar generosidad. De igual manera se comportaron los kogapakoris y los ashuar. La respuesta de Fitzcarraldo fue esclavizarlos para que recogieran las miles de gotas de látex que cada día correrían por las cicatrices abiertas a los árboles de caucho, mas lo único que corrió en abundancia fue la sangre de los habitantes amazónicos. Los cálculos más optimistas hablan de treinta mil indios muertos en un años. Aquél fue el primer gran encuentro de Manú con la civilización occidental y cristiana.

Un año más tarde y cuando Fitzcarraldo navegaba el Urubamba, buscando un puerto que sirviera a la vez de terminal para el ferrocarril que ya había ordenado en Alemania, la selva se vengó y tragó para siempre al sanguinario aventurero.

Algunos sostienen que se fue hundiendo lentamente en una ciénaga, y cuando sólo la cabezaobresalía sobre la superficie empezó a cantar un aria, la primera en culminar entre un atroz gorgoteo de agua y hojas podridas. Otros aseguran que, extenuado luego de varias jornadas de navegación por el río Madre de Dios, se durmió y los nativos aprovecharon su ausencia onírica para saltar al agua y dejarlo a merced de la corriente.

Como que haya sido, la muerte de Fitzcarraldo hizo que el mundo olvidara aquel lugar llamado Manú, que empieza en la parte más alta del cerro Tres Cruces, a casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y desde donde es posible asomarse a un abismo de nubes, a veces blanco, a veces gris, que hace pensar que debajo de ellas continúa el paisaje ocre de

los Andes, pero basta con descender los primeros quinientos metros para asomarse al imperio del agua.

Hace frío arriba, mucho frío, aumentado por las persistentes y sorpresivas lluvias que, por una parte, permiten el crecimiento de una vegetación rala, riqca en líquenes, musgos, orquídeas inigualables, hiebas medicinales y un sin fin de vegetales de raíces fuertes que, por otra parte, hacen de filtro de los sedimentos y minerales arrastrados por los torrentes que forman las lluvias, los que bajan con su carga de nutrientes vitales para Manú y la Amazonia.

A ceves, durante el descenso, una abertura en la capa de nubes deja ver fugazmente la presencia esmeralda de un lago o el vuelo de una bandada de *cuellos de serpientes*, una suerte de grulla palmípeda de plumaje negro azul y blanco, largo cuello gris y alargado pico amarillo. Entonces siento una dicha que no conoció el infeliz de Fitzcarraldo, la de saber que, de las nueve mil especies de aves que viven en el planeta, en Manú se concentra casi mil. Sin embargo esta dicha es breve, pues de inmediato recuerdo que la vieja y culta Europa, de las trel mil de especies de aves contabilizadas a comienzos de siglo apenas quedan quinientas. Qué gran invitación para terminar con la absurda costumbre de la caza de fin de semana, de matar todo lo que vuele.

El descenso continúa. A dos mil metros persiste el frío y la humedad se apropia de la ropa. No es una bajada fácil; los aludes son constantes y basta con que las raíces de un arbusto cedan para que toneladas de lodo y sedimentos se deslicen monte abajo.

Desde el año 1987 en que la UNESCO declaró Manú patrimonio de la humanidad, es posible volar desde Cuzco hasta la selva, pero el encanto del viaje está precisamente en las dificultades, y éstas son debidamente recompensadas porque, a cada metro que se baja, la vegetación cambia, aumenta el grosor de la especies, la variedad de las orquídeas, el aroma intenso y refrescante de flores desconocidas. Todo crece y va ocupando cada evez más extensión, como si la poderosa voluntad de la selva determinase que ni el más mínimo espacio se quede sin vida.

A medida que se baja aumenta la temperatura. Ya en el valle de Pilcopata, casi a nivel del mar y con las nubes por fin arriba, se respira el aire inconfundible de la Amazonia. Ahí empieza Manú, el millón seiscientas mil hectáreas – casi la extensión de Suiza- que conforman el último de los grandes jardines naturales, por ahora a salvo de la ambición destructora de las transnacionales del oro, la madera o el petróleo.

El sendero iniciado en Pilcopata termina en el caserío de Shintuya. Allí, luego de comer un buen trozo de *boca chica*, un delicioso pescado acompañado de salsa de coco, negocio con un machiguenga para que me lleve en canoa por el río Madre de Dios hasta su confluencia con el Manú.

Los machiguengas son generalmente trilingües; hablan su dialecto, el quechua que le sirve de lengua franca para comunicarse con otros pueblos amazónicos, y un español ceremonioso y rico en gerundios.

-No lloviendo, nosotros un lindo viaje haciendo- me dice mientras me acomod en la quilla de la embarcación. Toco el agua, está muy fría, tal vez para recordarnos que su caudal nace muy cerca, pero a dos mil metros de altura.

A poco de empezar la navegación, sobre la canoa vuelan los curiosos *gallos de piedas*, aves de sedoso plumaje negro en el pecho, con la cabeza orlada por una suerte de chichón, el que a su evz está cubierto por un manto de plumas rojas que le llegan hasta la mitad de la espalda. En las dos orillas se ven árboles habitados por miles de papagayos de todos los colores, enudecidos x expectantes ante el paso de la embarcación. De las dieciséis especies de papagayos que se encuentran en Sudamérica. Siete viven en la selva de Manú, satisfechos ante la abundancia de frutos y sin otra ocupación que la de ejercitar su asombroso talento para la imitación de cualquier sonido, por ejemplo, imitar el croar grave y grotesco del *sapo cornudo*, un gigantesco batraciio que más parece una despropocionada bocaza verde coronada por dos cuernos marrón.

Sobre troncos a medio sumergir, las tortugas invitan a la ociosa contemplación de las veinte mil especies de mariposas de Manú, porque ésa es la tierra de los colores, y dan fe de ello no sólo las mariposas sino también la *theobroma* , una orquídea intensamente roja, fosforecente al atardecer, que cre en los troncos de la *chonta*, o la *labios de novia*, otra variedadde orquídea azul y de aroma parecido a la vainilla. Y en Manú también se encuentran colores que incitan a las papilas, como el de la *tabernamontana* que invita al sediento a beber su pulpa anaranjada y fragante.

Avanza la canoa y la selva cambia, siempre cambia, nunca es igual. A veces, tras un recodo de río, las copas de los árboles están ocultas por unos nubarrones. Otras veces sus troncos parecen flotar en la espesa niebla que cubre el suelo. Las islas salpicadas en el río tienen mucho de arca de Noé. Las habitan cientos de especies sin otros temores que los inherentes a la lucha por la sobrevivencia, sin más violencia que la necesaria.

Navegando ntre dos islotes el canoero me indica un punto en el cercano y bajo cielo. Entonces tengo el privilegio de ver una ave única; una *arpía,* la más veloz e implacable de lasaves rapaces.

Sigo su vuelo. Sé que, por ejemplo, caerá certera sobre un sorprendido *mono gruñón* , un mico de color miel, ojos rojos y gesto malhumorado. El chillido del mono estremecerá la selva, la *arpía* intentará clavarle las garras mientras vuela, y el mono buscará enrollarle al cuello su fuerte cola prensil para estrangularla. Uno de los dos vencerá, pero esto sólo lo sabrá la selva, y no habrá más testigos que el majestuoso trigrillo, la taciturna boa, o algún indio Piro llegado desde la profunda Amazonia en busca de plantas medicinales.

Luego de cinco horas de navegación arribamos a unas extensas playas habitadas por nutrias gigantes, bellas, sensuales, siempre alerta ante la amenazadora y tenaz ferocidad de los caimanes, por fortuna hoy sus únicos enemigos.

Se estima que hace cinquenta años vivían unas diez mil nutrias gigantes en los ríos amazónicos. La piel de la mayoría de ellas terminó cubriendo los pellejs de damas adineradas de Europa y los Estados Unidos. En la actualidad hay unos cien ejemplares en Manú, y son las últimas nutrias gigantes que quedan en nuesro sufrido planeta.

Manú es un territorio de sobrevivencia y contraste. En una hectárea de su superficie crecen doscientas especies de árboles. En toda Europa hay apenas ciento sesenta. Aquí la vida es autoinmolada y se recrea en el formidable caos de los orígenes. Las tormentas derraban los árboles más altos, los ríos los sumergen y sus troncos sirven de alimento a peces y insectos, los que, pasada la estación de las lluvias, serán la mejor invitación para el arribo de las cigüeñas *jabirú*, que llegan del Atlántico, fatigadas de volar sobre el Chaco Impenetrable y el bajo Matto Groso.

Así llega la noche y el canoero machiguenga me propone un recodo de río para descansar, Compartimos su yuca cocida y mis galletas integrales. Agua del río y unos cigarrillos que redisponen a charlar un poco.

Mientras rodea el lugar con sus amuletos protectores, en su particular español me enumera todo lo visto para que entienda que el mundo en Manú esttá y es como debe ser. Tendido junto al fuego miro las estrellas, y siento la presencia de millones de insectos. Sí. De millones. En 1959 los científicos del Smithsonian Institute realizaron el primer catastro entomológico de Manú, y concluyeron que la riqueza del planeta aumentaba en treinta millones de especies.

La noche selvática lo envuelve todo con su particular silencio construido por miles de rumores. Es el mecanismo prodigioso de la vida que tensa sus músculos para facilitar el parto de la *Venus nocturna*, una orquídea pequeña como un botón de camisa, de vivo color violeta, que abre sus pétalos con las primeras luces del amanecer y muere a los pocos minutos, porque la diminuta eternidad de su belleza no resiste la luz de Manú, que cambia incesantemente, según los humores del cielo, del agua y del viemto.

Nada de esto vio Fitzcarraldo. La codicia será siempre como una aguja de hielo en las pupilas.

Historias marginales, págs. 27-33,

Titel: Historias marginales / Luis Sepúlveda
Verfasser: Luis Sepúlveda**Ausgabe:** 4. ed.**Erschienen:** Barcelona : Seix Barral, 2000
Umfang: 155 S.**Schriftenreihe:** Biblioteca breve
Standort: Zentralbibliothek, Freihandbereich

Freihandfachnummer: rom 980:sep 8,2Signatur: Bc 2082

Lectura complementaria

Fitzcarraldo, el dios del oro negro (1986) de Ciro Alegría

es en realidad la biografía vibrante y apasionada de Carlos Fermín Fitzcarraldo López, nacido en Huari como su madre Esmeralda López, e hijo del norteamericano William Fitzgerald, quien después adoptaría el nombre de Guillermo Fitzcarraldo. En esta gran historia plena de aventuras puede decirse que existen dos grandes momentos decisivos. El primero, que cubre los años de estudio en Huaraz y Lima, y el frustrado viaje a los Estados Unidos para seguir estudios náuticos según la tradición de la familia. Luego, huérfano de padre, decidirá ir a la selva a extraer caucho o el "oro negro", cuando apenas contaba con diecisiete años de edad. Sin embargo, Fitzcarraldo López se adentró diez largos y a veces penosos años en el bosque amazónico. ¿Qué fue lo que hizo y logró en ese lapso? Alegría traza pinceladas precisas para describir al pionero y afirma que su figura "parece un héroe de novela de aventuras", que asume "contornos de leyenda" y que era "adorado por los indios campas, ante quienes se hacía pasar por Hijo del sol" y es entonces reconocido como amachengua, es decir un hombre superior, maestro y conductor. Y siendo en realidad un foráneo "encarnaba las virtudes que más podía celebrar un selvático y era, además, portador de un gran mensaje". Este mensaje se resumía, por cierto, en que las tribus entraran al bosque para extraer el caucho, lo cual sin duda era una simple treta de Fitzcarraldo que finalmente alcanzó un tremendo éxito. Sucede que diez años internados en ese mundo inacabado de la selva le sirvieron de aprendizaje y es así como sabía "todos los secretos de la jungla", "nada en materia de caucho le era desconocido".

El segundo momento se produce cuando Fitzcarraldo llega a Iquitos, una ciudad con casitas de madera y zinc de apenas 30 000 mil habitantes, con cuatro balsas cargadas de caucho, tenía entonces veintiocho años; forma la empresa Cardozo, Fitzcarraldo y Cía para exportar el caucho a Estados Unidos y Europa, contrae nupcias con Aurora Velasco y expande su negocio aceleradamente, pero a la vez descubre el llamado Istmo Fitzcarraldo y es llamado "el señor del Ucayali". Sus continuos viajes de negocios y su proceder de hombre práctico y de acción, concluyen en un naufragio donde por salvar a un amigo y compañero, ambos terminan "tragados por las aguas…". Historia en verdad edificante, de un pionero que no solo descubre los secretos de la selva y la de sus habitantes, sino que, asimismo, demuestra las grandes posibilidades que ésta encierra para el futuro desarrollo industrial del país.

Libro singular en la bibliografía del ilustre narrador, de técnica lineal en todos los sucesos que presenta, destacándose como denominador común el componente histórico y un

realismo sorprendente, profundo y evocativo de un lugar o lugares del país. Dice Petrini con justeza que este elemento debe mostrarse comprensivo de motivos sociales, científicos, naturales, religiosos, dirigidos a hacer sentir "nuestra solidaridad y la de los adolescentes no solo en el espacio, sino en el tiempo, teniendo presente cómo el sentido de la historia en aquella edad es la conciencia visiva de que se vive como hombre en un mundo único y natural junto con los animales y las plantas, en una patria que es semejante a una patria más grande, hacia la que dirige sus esfuerzos la civilización contemporánea" (23). Y en cuanto al personaje, Alegría presenta la vida en el mundo de la selva como una gran sorpresa. Anota Rodríguez Castelo, "a menudo compleja, dura, casi agónica, pero con posibilidades de conquista. Ese es el último sentido, en cuanto visión poética del mundo, de la aventura" (24), que bien puede interpretarse también como un viaje interminable hacia la conquista de nuestros ideales.

http://clubchiquian.multiply.com/journal/item/2851/2851

FITZCARRALDO



n	
Original	-
Jahr/Land	1982 / Deutschland
Genre	Abenteuer
Kinostart	04. März 1982
Regie	Werner Herzog
Drehbuch	Werner Herzog
Kamera	Thomas Mauch
Schnitt	Beate Mainka-Jellinghaus
Musik	Popul Vuh, Richard Strauss
Länge	127 Minuten

De que el continente americano es rico, creo que no hay discusión. Muchos países han tenido su minuto de fama en que sus recursos naturales enriquecieron las arcas, lo supo Potosí con sus minas de plata, Argentina con sus cueros, Chile con el salitre y así se puede seguir mencionando a cada país. Pero uno de los mundos más sorprendentes que se crearon fue el de las ciudades de la Amazonía sobre todo Manaos, Belém do Pará e Iquitos. Las ciudades del caucho… las lagrimas milagrosas de lo árboles que enriquecieron a Brasil y a los países amazónicos, transformó a ese hermético mundo de los grandes árboles, de los ríos gigantes, de los animales salvajes y de los aborígenes desconocidos en la oportunidad. Parece extraño que por Goodyear y su trabajo en Vulcanización del caucho,el lugar más agreste del planeta a principios del siglo XX, comenzará a vivir el Ciclo da borracha, más conocida como la fiebre del caucho.

Werner Herzog comienza su historia desde el mítico día en que Enrico Caruso cantó en el teatro de Manaos... parecen dos mundos distintos el que el celebre tenor cruzara el Amazonas para sellar la prosperidad de una época que ahora parece cercana al Macondo de García Marquez.

Ese momento histórico es el motivo de Fitzcarraldo… ese personaje que había emigrado hasta Perú, motivado por su tenacidad de hacer algo grande para Iquitos. Sus sueños eran simples, sólo quería transportar la grandeza de Manaos a la Amazonía peruana. Ver a Klaus Kinski en los ríos de Sudamérica se me ha hecho una imagen habitual, desde Aguirre a Fitzcarraldo... la fuerza en la mirada, y porque no decirlo, su propia locura convierten a este actor alemán en la propia película.

Los que se obstinan en hacer sus sueños realidad son sonámbulos, son peligrosos y no se les puede despertar. La locura de Fitzcarraldo parece
habitada por los jíbaros de la tripulación.



Pero en esta historia hay un punto de inflexión que transforma la película Fitzcarraldo de película interesante a algo que está por sobre todas las dimensiones del cine. Cometeré el pecado de contarles que cuando ha pasado gran parte de la historia... y con ayuda de los aborígenes, la tenacidad de Fitzcarraldo desea transportar el barco por sobre una montaña a pulso.
Ese es Werner Herzog, tan obstinado como Fitzcarraldo que transforma el paisaje para lograr la hazaña... el corazón se hincha al ver semejante acción, de ver como el esfuerzo conjunto pese a lo agreste de la selva... un barco se avanza por la montaña en busca del río paralelo, sin efectos especiales, sin maquetas, sin efectos de computador... sólo el temple de un director y un actor con caracteres completamente opuestos... y en constante disputa.

http://vidaen35mm.blogspot.com/2007/07/fitzcarraldo.html

N° 7 Resistir pintando — Mario Vargas Llosa

Frida Kahlo es extraordinaria por muchas razones, y, entre ellas, porque lo ocurrido en su pintura muestra la formidable revolución que puede provocar, a veces, en el ámbito de las valoraciones artísticas, una buena biografía. Y, por eso mismo, lo precarias que han llegado a ser en nuestros días las valoraciones artísticas.

Hasta 1983, Frida Kahlo era conocida en México y en un círculo internacional restringido de aficionados a la pintura, más como una curiosidad surrealista elogiada por André Breton, y como mujer de Diego Rivera, que como una artista cuya obra merecía ser valorizada por sí misma, no como apéndice de una corriente ni como mero complemento de la obra del célebre muralista mexicano. En 1983 apareció en Estados Unidos el libro de Hayden Herrera: *Frida: a biography of Frida Kahlo.* Esta fascinante descripción de la odisea vital y artística de pintora mexicana, que fue leída con justa devoción en todas partes, tuvo la virtud de catapultar a Frida Kahlo al epicentro de la curiosidad en los polos artísticos del planeta, empezando por Nueva York, y en poco tiempo convirtió su obra en una de las más celebradas y cotizadas en el mundo entero. Desde hace unos diez años, los raros cuadros suyos que llegan a los remates de Sotheby's, o Christie's logran los precios más elevados que haya alcanzado nunca un pintor latinoamericano, incluido, por supuesto, Diego Rivera, quien ha pasado a ser conocido cada vez más como el marido de Frida Kahlo.

Lo más notable de esta irresistible y súbita ascensión del prestigio de la pintura de Frida Kahlo es la unanimidad en que se sustenta- la elogian los críticos serios y los frívolos, los inteligentes y los tontos, los formalistas y los comprometidos, y al mismo tiempo que los movimientos feministas la han erigido en uno de sus iconos, los conservadores y antimoderrnos ven en ella una reminiscencia clásica entre los excesos de la vanguardia. Pero, acaso sea aún más asombroso que aquel prestigio se haya consolidado antes incluso de que pudieran verse sus cuadros, pues, fuera de haber pintado pocos-apenas un centenar-, buena parte de ellos -los mejores- permanecían hasta hace poco confinados a piedar a lodo en una colección particular estrictísima, a la que tenían acceso sólo un puñado de mortales.

Esta historia daría materia, desde luego, para una interesante reflexión sobre la veleidosa rueda de la fortuna que, en nuestros días, encarama a las nubes o silencia o borra la obra de los artistas por razones que a menudo tienen poco que ver con lo que de veras hacen. La menciono sólo para añadir que, en este caso, por misteriosas circunstancias - el azar, la justicia inmanente, los caprichos de una juguetona divinidad- en vez de una de esas aberraciones patafísicas que suelen resultar de los endiosamientos inesperados que la moda produce, aquella biografía de Hayden Herrera y sus secuelas- todo habrá sido

increíble en el destino de Frida Kahlo- han servido para colocar en el lugar que se merece, cuatro décadas después de su muerte, a una de las más absorbentes figuras del arte moderno.

Mi entusiasmo por la pintura de Frida Kahlo es recientísimo. Nace de una excursión de hace un par de semanas a la alpina Martigny, localidad suiza a la que, en 2.000 años de historia, parecen haber acaecido sólo dos acontecimientos dignos de memoria: el paso por allí de las legiones romanas-dejaron una piedars que se exhiben ahora con excesiva veneración - y la actual exposición dedicada a Diego Rivera y Frida Kahlo, organizada por la Fundación Pierre Gianadda. La muestra es un modelo en su género , por la calidad de la selección y la eficacia con que cuadros, dibujos, fotografías y gráficos han sido dispuestos a fin de sumergir al espectador durante unas horas en el mundo de ambos artistas.

La experiencia es concluyente: aunque Diego Rivera tenía más oficio y ambición, fue más diverso y curioso y pareció más universal porque aprovechó las principales corrientes plásticas de su tiempo para sumergirse, luego, en su propia circunstancia histórica y dejó una vastísima obra, Frida Kahlo, a pesar de las eventuales torpezas de su mano, de sus patéticas caídas en la truculencia y la autocompasión, y también, por cierto, de la chirriante ingenuidad de sus ideas y proclamas, fue el más intenso y personal artista de los dos- diría el más auténtico si esta denominación no estiviera preñada de malentendidos. Venciendo las casi indescriptibles limitaciones que la vida la infligió, Frida Kahlo fue capaz de elaborar una obra de consumada coherencia, en la que la fantasía y la invención son formas extremas de la introspección, de la exploración del propio ser, del que la artista extrae, en cada cuadro-en cada dibujo o boceto- un estremecedor testimonio sobre el sufrimiento, los deseos y los más terribles avatares de la condición humana.

Vi por primera vez algunos cuadros de Frida Kahlo en su casa-museo de Coyoacán, hace unos veinte años, en una visita que hice a la Casa Azul con un disidente soviético que había pasado muchos años en el Gulag, y al que la aparición en aquellas telas de las caras de Stalin y de Lenin, en amorosos medallones aposentados sobre el corazón o las frentes de Frida y de Diego, causó escalofríos. No me gustaron a mí tampoco y de ese primer contacto saqué la impresión de una pintora *naïve* bastante cruda, más pintoresca que original. Pero su vida me fascinó siempre, gracias a unos textos de Elena Poniatowska, primero, y, luego, con la biografía de Hayden Herrera quedé también subyugado, como todo el mundo, por la sobrehumana energía con que esta hija de un fotógrafo alemán y una criolla mexicana, abatida por la polio a los seis años, y a los 17 por ese espantoso accidente de tránsito que le destrozó la columna vertebral y la pelvis- la barra del ónmibus en que viajaba le entró por el cuello y le salió por la vagina-, fue capaz de sobrevivir, a eso, a las 32 operaciones a que debió someterse, a la amputación de una pierna, y, a pesar de ello, y de tener que vivir por largas temporadas inmóvil, y, a veces, literalmente colgada de unas cuerdas y con

asfixiantes corsés, amó ferozmente la vida, y se las arregló no sólo para casarse, descasarse y volverse a casar con Diego Rivera- el amor de su vida- tener abundantes relaciones sexuales con hombres y mujeres (Troski fue uno de sus amantes), viajar, hacer política, y, sobre todo, pintar.

Sobre todo pintar. Comenzó a hacerlo poco después de aquel accidente, dejando en el papel un testimonio obsesivo de su cuerpo lacerado, de su furor y de sus padecimientos, y de las visiones y delirios que el infortunio le inspiraba, pero, también, de su voluntad de seguir viviendo y exprimiendo todos los jugos de la vida- los dulces, los ácidos, los venenosos-, hasta la última gota. Así lo hizo hasta el final de sus días, a los 47 años. Su pintura, observada en el orden cronológico con que aparecen en la exposición de Martigny, es una hechizante autobiografía, en la que cada imagen, a la vez que grafica algún episodio atroz de su vida física o anímica -sus abortos. sus llagas, sus heridas, sus amores, sus deseos delirantes, los extremos de desesperación e impotencia en que a veces naufragaba- hace también las veces de exorcismo e imprecación, una manera de librarse de los demonios que la martirizan trasladándolos al lienzo o al papel y aventándonos al espectador como una acusación, un insulto o una desgarrada súplica.

La tremenda suculencia de algunas escenas o la descarada vulgaridad con que en ellas aparece la violencia física que padecen o infligen los seres humanos están siempre bañadas de un delicado simbolismo que las salva del ridículo y las convierte en inquietantes alegatos sobre el dolor, la miseria y el absurdo de la existencia. Es una pintura a la que difícilmente se la podría llamar bella, perfecta o seductora, y, sin embargo, sobrecoge y conmueve hasta los huesos, como la de un Munch o la del Goya de la Quinta del Sordo, o como la música del Beethoven de los últimos años o ciertos poemas del Vallejo agonizante. Hay en esos cuadros algo que va más allá de la pintura y del arte, algo que toca ese indescifrable misterio de que está hecha la vida del hombre, ese fondo irreductible donde, como decía Bataille, las contradicciones desaparecen, lo bello y lo feo se vuelven indiferenciables y necesarios el uno al otro, y también el goce y el suplicio, la alegría y el llanto, esa raíz recóndita de la experiencia que nada puede explicar, pero que ciertos artistas que pintan, componen o escriben como inmolándose son capaces de hacernos presentir. Frida Kahlo es uno de esos casos aparte que Rimbaud llama "*les horribles travailleurs".* Ella no vivía para pintar,. pintaba para vivir y por eso en cada uno de sus cuadros escuchamos su pulso, sus secreciones, sus aullidos y el tumulto sin freno de su corazón.

Salir de esa inmersión de buzo en los abismos de la condición humana a las apacibles calles de Martigny y al limpio y bovino paisaje alpino que rodea la ciudad en esta tarde fría y soleada es una anticlimax intolerable. Y, por más que hago todo lo que, como forastero, debo hacer -saludar a las piedras romanas, llenarme los pulmones de tonificantes brisas, contemplar los pastos, las vacas y ordenar una *fondue*-, el recuerdo de las despellejadas y

punzantes imágenes que acabo de ver no me da tregua. Está siempre conmigo, susurrándome que toda esa tranquilizadora y benigna realidad que me rodea ahora es espejismo, apariencia, que la verdadera vida no puede excluir todo lo que quedó allá, en esos cuerpos desollados y fetos sangrante, en los hombres arbolados y mujeres vegetales, en las fantasías dolorosas y los exultantes aullidos de la exposición. Una exposición de la que, como ocurre con pocas en estos tiempos, uno sale mejor o peor, pero ciertamente distinto de lo que era cuando entró.

El País, 29.03.1998

N° 8 La “bacanal” de Tiziano — José Ortega y Gasset

No creo que haya cuadro en el mundo tan optimista como éste. Es un rellano que se hace junto a la ladera de un montecillo. Unos árboles amenizan el lugar, tras un mar de color ultramarino, de aguas densas e inmóviles. Una nave lenta se desliza. El cielo, de azul intenso, con una nube blanca en medio, es el personaje principal; en él se destacan los árboles, el montículo, brazos y cabezas de algunas figuras y todo de él cuanto es tocado queda libre de las penalidades materiales.

Hombres y mujeres han escogido este apacible rincón del universo para gozar de la existencia; son unos hombres y mujeres que beben, ríen, hablan, danzan, se acarician y duermen. Todas las funciones biológicas parecen aquí dignificadas y con idénticos derechos. En medio casi del cuadro, un niño alza su camisilla y realiza sus menesteres menores.

En el vértice de la loma, un viejo, desnudo, toma un baño de sol, y, en primer término, a 1a derecha, Ariadna, desnuda y blanca, se despereza dormida.

Este cuadro podría llamarse de otra manera más expresiva, podría llamarse lo que es en verdad: el triunfo del momento.

De un instante a otro instante vamos por la vida dando tumbos ;de ellos, los que nos son indiferentes, los dejamos pasar como vemos fluir un río gigantesco. Otros nos traen dolores: son como punzadas y pinchazos en nuestro corazón, ¿qué hacer? Solemos decir un ¡ay de mi!, y empujamos el instante lejos de nosotros, lo repelemos, lo aniquilaríamos si pudiésemos, para que jamás volviera. Pero hay »,omentos sublimes en que nos parece coincidir con todo el universo, nuestro ánimo se expansiona y virtualmente abarca el horizonte y somos una misma cosa con cuanto nos rodea, y nos percatamos de una súbita armonía que gobierna 1as cosas; es el momento del placer, es como la cima de la vida y su integral expresión.

Y entonces unas manos espirituales se alzan en nuestro espíritu y se agarran al instante y pugnan por retenerlo. Mejor aún: de un brinco nos lanzamos dentro de ese instante que pasa veloz, decididos a entregarnos a el sin reservas ni suspicacias, como si el minuto placentero fuera una de aquellas naves venturosas que Homero atribuye a los feacios, naves que, sin timón, ni piloto, conocen ciertas los caminos del mar.

Uno de estos momentos ha pintado Tiziano. Estas gentes viven en una ciudad y allí

padecen los tormentos de la existencia concreta: tienen ambiciones insaciables, sufren privaciones, desconfían mutuamente de_ si, les acongoja el sentimiento de la propia limitación y se miran con ojos torvos los unos a los otros. Pero un día van al campo: es blanda la brisa, el sol dora el polvillo atmosférico y pone azules sombras bajo las ramas frondosas. En esto alguien trae ánforas y unas jarritas de plata y oro labradas delicadamente. Dentro de estos recipientes brilla el vino. Beben. La tensión histérica de los ánimos cede, las pupilas se van poniendo incandescentes, las fantasías se incorporan en las celdillas cerebrales. La verdad es que la vida no es de tan adversa condición, que los cuerpos humanos son bellos sobre un fondo campestre de oro azul, que las almas son nobles, agradecidas y aptas para comprendernos y replicarnos. Beben. Parece como si dedos invisibles tejieran nuestro ser con la tierra, el mar, el aire, el cielo, como si el mundo más bien fuera un tapiz y nosotros figuras de ese tapiz, y los hilos que forman nuestro pecho siguieran más allá de este y fueran los mismos que hacen la materia de aquella nube radiante. Beben. ¿Qué tiempon llevan aquí?

Vagamente recuerdan que hay una ciudad y que hay dolores y qaue hay cambios, desapaciones y fenecimientos. Les parecen que llevan aquí siglos y que eternamente permanecerán aquí y que eternamente un rayo solar herßrá el anca de un jarro argentino sembrador de destellos. Como un objeto de elasticidad ilimitada, el momento se ha ido estirando y alcanza de un lado y de otro los vagos confines del tiempo. Esta voluntad de eterna perduración que yace en el fondo de toda hora de placer ha servido a Nietzsche para distinguir los valores verdaderos, las nuevas tablas de lo bueno y lo nuevo. Así dice en los famosos versos:

El dolor dice : ¡Pasa !

¡Quiere el placer, en cambio, eternidad,

quiere profunda eternidad !

Estas gentes que beben se han ido desnudando, para sentir la caricia de los elementos sobre la piel tibia, tal vez por un secreto ímpetu y deseo de fundirse más con la naturaleza. Y a poco más que escancian, advierten con rara clarividencia, patentes ante su percepción, los últimos secretos del cosmos, los módulos creadores de todas las cosas. Estos misterios son los ritmos. Ven que la escena es una masa de tonos azules- cielo, mar, césped, árboles, túnicas- a que responden los tonos cálidos, rojos y dorados – cuerpos viriles, áureas fajas de sol, panzas de vasos, amarillas carnes femeninas. Ven el cielo como una pregunta sutil e inmensa ; la tierra ancha, fuerte, como una respuesta satisfactoria y bien fundada. Ven que hay en el mundo un lado derecho y otro izquierdo, un lato y un bajo; ven que hay luz y

sombra, quietud y movimiento; ven que lo cóncavo es un seno para recibir lo convexo, que lo seco aspira a lo húmedo, lo frío a lo ardoroso; que el silencio es un aposento preparado, como una posada, para recibir el ruido transeunte…Estas gentes no han sido iniciadas en el misterio rítmico del universo por una externa erudición; el vino, que era un dios sabio, les ha dado, empero, una momentánea intuición del máximo secreto. No se trata de unos conceptos que haya introducido en sus cerebros; al contrario, el vino ha realizado la inmersión de estos cuerpos dentro de la razón fluída en que va flotando el mundo. Y así llega un instante en que los movimientos de sus brazos, torsos y piernas, se hacen también rítmicos, en que los músculos no sólo se mueven , sino que se mueven con compás.El compás es una oculta lógica que yace en el músculo: el vino, la potencia, y hace del movimiento danza.

Obras Completas, El espectador, Revista de Occidente, 1950², Tomo II, pps. 52 y sig.

El espectador : (1916 - 1934) / José Ortega y Gasset**Verfasser:** José Ortega y Gasset**Ausgabe:** 2. ed.**Erschienen:** Madrid : Revista de Occidente, 1950 **Umfang:** 756 S.

Standort: Fachbibliothek am Romanischen Seminar
Signatur: ST 20 | ORT | I/1



